



## Epifanía 2015

La liturgia de la Iglesia presenta a Jesús en la fiesta de la Epifanía como luz y salvación de todas las gentes, representadas en los Magos venidos de Oriente a adorar al Rey Mesías de los judíos.

Un himno litúrgico de la Epifanía se refiere al camino de los Magos con esta sugerente expresión: siguiendo *una luz*, buscan *la Luz*. La estrella que aparece en el cielo enciende en su mente y en su corazón una luz que los lleva a buscar la gran Luz de Cristo. Los Magos siguen fielmente aquella luz que los ilumina interiormente y encuentran al Señor.

En este recorrido que hacen los Magos de Oriente está simbolizado el destino de todo hombre: nuestra vida es un camino, que hacemos iluminados por luces que nos permiten entrever el sendero, hasta encontrar la plenitud de la verdad y del amor, que nosotros cristianos reconocemos en Jesús, Luz del mundo. Y todo hombre, como los Magos, tiene a disposición dos grandes “libros” de los que sacar los signos para orientarse en su peregrinación: el libro de la creación y el libro de las Sagradas Escrituras. Lo importante es estar atentos, vigilantes, escuchar a Dios que nos habla, siempre nos habla. Como dicen los Salmos, refiriéndose a la Ley del Señor: “*Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero*” (Sal 119,105). “*Porque en ti está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz*” (Sal 36, 10). Sobre todo, escuchar el Evangelio, leerlo, meditarlo y convertirlo en alimento espiritual nos permite encontrar a Jesús vivo, hacer experiencia de Él y de su amor, que ha superado todas las fronteras: Porque “*también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio*” (Ef 3,6).

En la primera lectura resuena, por boca del profeta Isaías, la llamada de Dios a Jerusalén: “*¡Levántate, brilla!*” (60,1). Jerusalén está llamada a ser la ciudad de la luz, que refleja en el mundo la luz de Dios y ayuda a los hombres a seguir sus caminos. Ésta es la vocación y la misión del Pueblo de Dios en el mundo. Pero Jerusalén puede desatender esta llamada del Señor. Cuando llegaron a Jerusalén, los Magos perdieron de vista la estrella. No la veían. En Jerusalén no brilla la luz.

Y la pregunta por el Rey de los judíos que ha nacido fue recibida con sobresalto por Herodes, los sumos sacerdotes y los escribas. En el diálogo de los Magos con los representantes oficiales de la religión de Israel se manifiestan dos actitudes contrarias ante el nacimiento del Mesías. Los sumos sacerdotes y escribas, encargados de interpretar las Escrituras, respondieron de acuerdo con la Palabra de Dios: el Mesías, el Rey de Israel nacerá en Belén (cf. Mi 5, 1). Conocían bien la letra de la Escritura pero les faltaba el espíritu; por ello, no mostraron interés alguno por el cumplimiento de la profecía. Los Magos, en cambio, obedientes primero a su búsqueda de Dios y ahora



también a la revelación contenida en las Escrituras, reemprendieron el camino guiados por la estrella.

En especial, falta la luz en el palacio del rey Herodes: aquella mansión es tenebrosa; en ella reinan la oscuridad, la desconfianza, el miedo, la envidia. De hecho, Herodes se muestra receloso e inquieto por el nacimiento de un frágil Niño, al que ve como un rival. En realidad, Jesús no ha venido a derrocarlo a él, ridículo fantoche, sino al Príncipe de este mundo. Sin embargo, el rey y sus consejeros sienten que el entramado de su poder se resquebraja, temen que cambien las reglas de juego, que las apariencias queden desenmascaradas. Todo un mundo edificado sobre el poder, el prestigio, el tener, la corrupción, entra en crisis por un Niño. Y Herodes llega incluso a matar a los niños: “Tú matas el cuerpo de los niños, porque el temor te ha matado a ti el corazón”, leemos en un Sermón antiguo. (San Quodvultdeus, Sermón 2 sobre el Símbolo: PL 40, 655). Es así: el temor de perder el poder lleva a Herodes a perder el juicio.

Los Magos superaron aquel momento de oscuridad en el palacio de Herodes, porque creyeron en las Escrituras, en la palabra de los profetas que señalaba Belén como el lugar donde había de nacer el Mesías. Así escaparon al letargo de la noche del mundo, reemprendieron su camino y de pronto vieron nuevamente la estrella, y el Evangelio dice que se llenaron de *“inmensa alegría”* (Mt 2,10). Entraron en la casa y allí *“vieron al niño con María, su madre”*. También ellos, como los pastores, encuentran una sencilla realidad humana, que es experimentada en sus corazones como manifestación de Dios, que los llena de gozo y provoca su adoración: *“Y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra”*.

Un aspecto de la luz que nos guía en el camino de la fe es también la santa *“astucia”*. Se trata de esa sagacidad espiritual que nos permite reconocer los peligros y evitarlos. Los Magos supieron usar esta luz de *“astucia”* cuando, de regreso a su tierra, decidieron no pasar por el palacio tenebroso de Herodes, sino marchar por otro camino. Estos sabios venidos de Oriente nos enseñan a no caer en las asechanzas de las tinieblas y a defendernos de la oscuridad que pretende cubrir nuestra vida. Ellos, con esta santa *“astucia”*, han protegido la fe. Y también nosotros debemos proteger la fe. Protegerla de esa oscuridad. Esa oscuridad que a menudo se disfraza incluso de luz. Porque el demonio, dice san Pablo, muchas veces se viste de ángel de luz. Y entonces es necesaria la santa *“astucia”*, para proteger la fe, protegerla de los cantos de las sirenas, que falsamente nos proponen lo que cada día debemos hacer para estar en consonancia con la mundanidad. Pero la fe es una gracia, es un don. Y a nosotros nos corresponde protegerla con la santa *“astucia”*, con la oración, con el amor, con la caridad. Es necesario acoger en nuestro corazón la luz de Dios y, al mismo tiempo, practicar aquella astucia espiritual que sabe armonizar la sencillez con la sagacidad, como Jesús pide a sus discípulos: *“Sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas”* (Mt 10,16).

En esta fiesta de la Epifanía, que nos recuerda la manifestación de Jesús a la humanidad en el rostro de un Niño, sintamos cerca a los Magos, como sabios compañeros de camino. Su ejemplo nos anima a levantar los ojos a la estrella y a seguir los grandes



Carlos López Hernández

deseos de nuestro corazón. Nos enseñan a no contentarnos con una vida mediocre, sino a dejarnos fascinar siempre por la bondad, la verdad, la belleza... por Dios, que es todo eso en modo siempre mayor. Y nos enseñan a no dejarnos engañar por las apariencias, por aquello que para el mundo es grande, sabio, poderoso. No nos podemos quedar ahí. Es necesario proteger la fe. Es muy importante en este tiempo: proteger la fe. Tenemos que ir más allá, más allá de la oscuridad, más allá de la atracción de las sirenas, más allá de la mundanidad, más allá de tantas modernidades que existen hoy.

Tenemos que ir hacia Belén, allí donde en la sencillez de una casa desconocida, entre una madre y un padre llenos de amor y de fe, resplandece el Sol que nace de lo alto, el Rey del universo. A ejemplo de los Magos, con nuestras pequeñas luces busquemos la Luz, protejamos la fe y demos testimonio con alegría de la salvación de Cristo.

Salamanca, 6 de enero de 2015